

ticipación en el reino del cielo. «No digáis, exclamaba, Abrahán es nuestro padre, pues yo os declaro que hasta de estas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abrahán.» Por extraño que pareciese entonces esto á los judíos, la misión divina de que estaba encargado el Precursor, probada además con la virtud y la verdad de su palabra, le dió una influencia maravillosa, que se extendió por regiones lejanas, sin que por esto dejase de ser su humildad más grande; ella le hacía rechazar toda alabanza y toda estimación de su mérito. Cada vez era más ardoroso en designar al pueblo al que debía bautizar después de él en el fuego y en el Espíritu Santo, declarándose indigno de desatar sus sandalias.

La iglesia tiene la misión de repetir las palabras del Precursor *Haced penitencia*, actualmente en un desierto más árido todavía, en un mundo que ha perdido la fe. Bien sabemos en qué ha parado la Judea por su endurecimiento; los siglos venideros sabrán en qué habremos ido á parar por el nuestro.

San Juan fué el primer anacoreta del Cristianismo; su ejemplo no tardó en ser imitado y desde los primeros siglos viéronse poblados aquellos desiertos por sus piadosos seguidores.

En el día nadie acude á aquel salvático sitio, sino de cuando en cuando algún peregrino y una vez al año los Padres de San Francisco vienen en procesión á celebrar el Santo Sacrificio en la festividad de San Juan y á cantar el himno que la Iglesia dedica al Santo Precursor:

Autra deserti sub ansis,
Civium turmas fugieus, petisti,
No levi posses maculare vitam
Crimine linguæ.

Siempre la Iglesia ha sido sublime en sus cantos, en sus ritos, como lo es en sus doctrinas; tanto en el desierto como en las ciudades, así por la sencillez como por la grandeza de sus pompas.

El concurso en San Juan para la fiesta titular es tan grande como en Belén por el Nacimiento del Salvador, con la diferencia de que está formado de peregrinos indígenas. La devoción de los latinos á San Juan, casi raya en fanatismo y ni aun son ajenos á ella los mismos turcos. Estos, en efecto, veneran al Precursor bajo el título de *Profeta de los vivientes*; y cuando se suscita entre ellos algún litigio, hasta que una de las partes jure en el Santuario que todo lo que dice es verdad para que la otra desista de sus pretensiones. No todos, sin embargo, le tienen el mismo respeto, como puede colegirse de la curiosa historia que los Padres Franciscanos pueden referir.

Cierto musulmán, impelido por su odio á los cristianos, se permitió un día quitar de la casa de Zacarías una piedra que se venera en la capilla de Santa Isabel, y la arrojó á un horno de cal. Apenas le hubo prendido fuego, cuando oyó una fuerte detonación, estalló el horno, y las piedras fueron lanzadas á lo lejos como otros tantos proyectiles. Al mismo tiempo se le aparece el *Profeta de los vivientes* bajo la forma de un beduino, y le dice con un tono amenazador: «Desventurado, ¿así te atreves á insultarme en las ruinas de mi casa!» A estas palabras se extingue el fuego y la visión desaparece. Vuelto el turco de su terror entra en la Iglesia para aplacar el enojo del Santo y levantando los ojos sobre el altar en donde hay un cuadro que le representa, decía: «Ahí está, ahí está el que me ha aterrado en su ira.» Después en testimonio de gratitud por haberse conservado milagrosamente la vida, fué á buscar la piedra que había robado y la llevó medio calcinada al convento de Ain-Karem entregándola al Superior. Los Religiosos la colocaron en el mismo sitio que antes había ocupado, en donde los peregrinos pueden leer esta inscripción, la cual recuerda que dicha piedra sirvió de estrado á San Juan predicando en el desierto. *Lapis iste super quo steterunt pedes Præcursoris Domini «penitentiam agite» clamantis juxta desertum Juda, ob traditionem facti perennem, magna in veneratione fruit ab inmemorabili tempore, et hic positus.*

Así refiere su presencia á la fiesta que nos ocupa una ilustre peregrina.

«La salida para San Juan del Desierto tiene lugar á las dos de la madrugada. En cualquier otro país nos hubiera estremecido este anuncio; pero en Oriente, esto no es sino un atractivo más, pues las noches son serenas y frescas, cosa que se desea sobremana, después de los abrasadores ardores del día.

»Nuestras veladas son cortas. Llegado el crepúsculo nos acostamos, y esta prudencia nos vale el hallarnos puntuales y sin fatiga á la cita matinal.

»Toda la aldea está en pie para vernos pasar. El cortejo es imponente, pues se compone de quince Religiosos y unos doscientos seglares. Abren la marcha los genizaros armados de grandes pistolas para defendernos. Viene en seguida el grupo de mujeres, envueltas muchas de ellas en sus largos mantos blancos como las jerosolimitanas, y vestidas otras simplemente de una basquiña de azul claro ajustada al cuerpo con un cinturón de cuero. Siguen después los hombres, divididos también en dos categorías, ciudadanos y lugareños, á los que se reconoce fácilmente por sus vestidos. Los primeros llevan un traje largo

que les llega hasta los talones, mientras que los otros tienen capa tejida de pelo de camello echado desaliñadamente á la espalda y recogida en ambos pliegues bajo los brazos. En el centro van los niños educados por los Franciscanos. Cierran la caravana los criados del convento, que son los que guían los asnos cargados de provisiones y nos alumbran con antorchas encendidas. Esta precaución es absolutamente necesaria; porque si bien brilla en el cielo infinito número de estrellas, nos falta la luna, y sólo ella hubiera podido mostrarnos el camino en medio de tantos escollos como teníamos que franquear.

»Los huertos, campos de trigo, viñas y olivares que rodean á Ain-Karem, han desaparecido pronto; no se ven ya sino malezas y espinas. Esta esterilidad del campo, lejos de entristecernos nos encanta por la armonía que guarda con nuestros propios sentimientos. Absorta completamente en la tierna consideración de la misión divina del hijo de Zacarías, no cesaba de meditar estas palabras que de él nos dice el Evangelio: «Y el niño crecía y le fortificaba en el espíritu, y fué al desierto hasta el día en que debía mostrarse á Israel.»

Después de dos horas de marcha por los ásperos caminos, llegamos á la cima de la colina que domina el valle del Terebinto y el torrente en donde cogió David la piedra con que mató á Goliat. Desde allí descendimos por un sendero extremadamente pendiente á la Gruta de San Juan, cuyo acceso es muy difícil. Nada anuncia en ella el trabajo del hombre. Esta aufractuosidad hecha en la viva roca, mide cinco metros de longitud y tres de anchura por dos á lo alto. Penetra la luz por una abertura practicada en una de las paredes laterales. En el fondo hay un banco de piedra donde dormía el austero anacoreta, y sobre el que se erigirá el altar para la celebración del Santo Sacrificio. Las ceremonias religiosas serán largas, pues todos los Padres quieren satisfacer su devoción.

»Tomamos puesto en medio de los peregrinos sentados sobre sillas de piedra. Nuestras linternas, puestas sobre las rocas ó suspendidas de los arbustos, iluminan nuestro campamento hasta que desaparece su débil luz á los primeros resplandores del alba.

»Los religiosos se pasean rezando al mismo tiempo la Corona de la Virgen; las mujeres están estendidas sobre la hierba; los niños duermen sobre las malezas de la montaña; los hombres acurrucados, según la costumbre del país, al rededor de un rápsoda árabe, prestan la más profunda atención á sus maravillosas historias, mientras que los criados del convento encienden grandes fuegos y hacen para todos los peregrinos el indispensable café.

»Al fin aparece el día.... Mas antes de que el sol hiera la montaña con sus abrasadores rayos, hemos oído Misa, y subido sobre una eminencia contemplamos el extraño sitio en donde Juan había realizado el ideal de la vida eremítica. Para comprender tan sublime figura, nos complacemos en volverla á colocar en su cuadro. Si es cierto que la configuración de los lugares en que habitualmente se vive ejerce su influencia sobre las ideas y aun sobre las costumbres; si los montañeses son naturalmente audaces, y los habitantes de la llanura amigos de una vida más tranquila y sosegada, puede decirse que la fisonomía del país en donde vivió el hijo de Zacarías permitía de algún modo prever de antemano su asombroso destino. El sitio es bastante solitario para haber servido de asilo al que no quiso tener sociedad alguna con los hombres malos, cuyos vicios venía á reprender y cuyos escándalos debía evitar.

»Desde nuestro observatorio contemplamos á las mil maravillas el verde valle del Teberinto, el más risueño de Palestina. Enfrente se levanta la elevada montaña de Modín con sus restos de fortaleza, sobre los que parece cernirse aún la gran sombra de los Macabeos. Encima de la gruta vemos restos también de antiguos eremitorios que sirvieron en otro tiempo de asilo á ilustres anacoretas, celosos de imitar al que vivió sobre la tierra como un ángel bajado del cielo. Más arriba aún se eleva un algarrobo secular, cuyas espesas ramas protegen con su sombra la fuente que nace al pie de la gruta. Sus cristalinas aguas caen en un receptáculo de arcilla, á donde vienen los pastores para abreviar sus rebaños. En esta fuente era donde apagaba su sed el gran Precursor de Cristo y á la sombra de su árbol semejante al que hoy existe, tomaba su reposo durante las horas calurosas de la jornada. ¡Cuántas veces, me decía, el austero habitante del desierto gozaría del cuadro mismo que en este momento recrea mi vista! ¡Cuántas se perdería la mirada en el azul del firmamento para buscar allí la misteriosa estrella del firmamento! ¡Qué suspiros tan ardientes enviaría hacia el cielo! ¡Qué de lágrimas derramaría sobre estas duras rocas y qué actos tan heroicos de mortificación y penitencia practicaría en estos escondidos lugares!....

»Antes de abandonar la gruta se canta en honor de San Juan el himno de su oficio que comienza así: *Autra deserti teneris sub annis-Civium turmas fugiens petisti*. El aire resuena con estos versos sublimes; el eco de las montañas y de los valles los repite mezclados al parecer con la poderosa voz del hombre de la penitencia, que dice: Preparad los caminos del Señor, enderezad sus senderos.

»De la gruta en que vivió San Juan vamos á visitar la tumba de su

madre, pequeña fábrica moderna levantada sobre la antigua y estrecha cueva que recibió en su seno los despojos mortales de Santa Isabel.»

Dice Fr. Lievin que no debe causar ninguna extrañeza que sea poco conocido este sepulcro y se haya discutido su autenticidad, pues ignoramos la última parte de la vida de la santa esposa de Zacarías, así como también las circunstancias de su muerte. Esto no obstante, es muy probable que después del trágico fin de su esposo viniese á este retiro tan amado de su hijo y que en él recibiese sepultura.

El desierto, animado algunas horas por los peregrinos, vuelve á su melancólica tranquilidad tan pronto como comienzan las fiestas en Ain-Karem. A la Misa solemne, cantada en música con la piedad, majestad y precisión que despliegan los Franciscanos en el culto divino en la Tierra Santa asisten sin falta todos los católicos de la aldea juntamente con los peregrinos; y lo que más admira es el encontrar también entre ellos algunos turcos orando como en sus mezquitas. Las mujeres colocan sus niños en el altar junto á la estatua de San Juan y suplican que los bendiga, que los conserve sanos y los haga crecer hermosos y robustos.

El testigo del ferviente concurso nos dice: este San Juan que tenía horror á las ciudades y al bullicio del mundo, que sufría cuando se le daba alguna importancia y porque acudían á él como á un gran profeta, nos ocupa aún después de dieciocho siglos. La Religión le ha dedicado altares en todas partes, los pueblos le han invocado y las artes le han glorificado á porfía. No ha inspirado menos la escultura que la pintura, y se han erigido bajo su advocación espléndidas catedrales. ¡Cuántos hombres han surcado los mares, interrogando á los astros, registrado las entrañas de la tierra y consumido su vida en el trabajo y en el estudio para dejar una huella siquiera en la memoria de los hombres y no han obtenido ni con mucho lo que logró á pesar suyo el insigne anacoreta de Ain-Karem!

Tan cierto es que sólo el amor de Dios y el espíritu de perfección y santidad, pueden producir personalidades capaces por su dignidad, su carácter y su mérito, de imponerse á todos los siglos y á todos los hombres.

Después del mediodía, los Franciscanos seguidos de todos los peregrinos cantan el *Magnificat* en el Santuario de la Visitación. Es escuchado con el más profundo recogimiento y cada verso sirve como de escalón para remontarse uno á la gloria en donde le parece ver á los ángeles tomar sus arpas, fijar sus ojos extasiados en la Madre del Re-

dentor, y que ella repite en este solemne momento: *Magnificat anima mea Dominum.*

Después de este cántico de acción de gracias, todos los lugareños, agrupados alrededor de la iglesia de la Visitación, ejecutan al sonido del violón y de la *darbuka* (especie de tambor) varias danzas que deben semejarse á las de David delante del Arca. Las gentes aplauden hasta el extremo, pero esto no es sino el principio de la fiesta. Se trae una cantidad de frutas, de las que los árabes son muy golosos y son arrojadas en medio de la muchedumbre..... Esta es como la señal de gritos, saltos y zanjadas increíbles. Los hombres se precipitan encima como buitres sobre su presa por ver quién coje más. Cada manzana cuesta un empujón, cada albaricoque un puñetazo. Se grita, se llora, se canta, se aplaude....; es un delirio general.

Este espectáculo tendrá poco atractivo para el europeo, pero el corazón se dilata al ver estas gentes embriagadas en tan inocente alegría, al contemplar, sobre todo á los musulmanes, tomando parte en las fiestas de los cristianos y á las mujeres derogando aquel día sus hábitos seculares de reclusión.

La vuelta al convento tiene lugar en medio de descargas de armas de fuego y de alegres vivas. Se grita: ¡Viva San Juan!... ¡Viva Santa Isabel!... ¡Viva San Zacarías!... ¡Viva la Tierra Santa!... ¡Viva el Padre Guardián!

Al ver este pueblo en tal día, se creería que es el más pacífico y dichoso de la tierra y sin embargo estos musulmanes miserables son los más fanáticos, querellosos é intratables del país.

Quien ha leído el incomparable libro de las *Florecitas* recuerda el lobo de Gubbio, que había esparcido el terror por toda aquella comarca y al que amansó San Francisco.

—Hermano lobo,—le dijo un día—tú haces mucho mal á las criaturas de Dios y esta es la causa por que se horrorizan de tí y te persiguen. Yo quiero que se haga la paz entre tú y ellos. Hasta ahora te ha perseguido el hambre y bien sé que ésta ha sido la causa de tus destrozos, mas si me prometes corregirte, nada te faltará.

Consintió el lobo; y Francisco lo condujo á la ciudad, cual si fuese un manso cordero. Entonces reunió á los habitantes y les contó el pacto que con él había hecho diciéndoles que si querían ratificarlo dándole de comer todos los días. Al oír tal proposición, un caluroso sí resonó por todas partes. Las promesas fueron cumplidas durante dos años, que fué lo que el lobo vivió y en este tiempo entraba y salía de las casas sin molestar ni ser molestado de nadie, cual si fuera el más manso cordero.